

SANTOS Y DIFUNTOS. RITOS FUNERARIOS DE AYER A HOY.



Acabamos de celebrar el día de Todos los Santos, 1 de Noviembre. Pero es el día de los Difuntos, 2 de Noviembre, desconocido para muchos, cuando recordamos la ausencia de quienes nos han abandonado en este mundo y nos esperan en el más allá.



La fiesta, desvirtuada, ha dejado de tener el significado que la Iglesia y los fieles le confirieron y se ha convertido en una más, adaptando parte de su simbología al sentir profano, relegando el sentido religioso, importando elementos foráneos, fiesta de Halloween, que para nada tiene relación con el sentido primigenio de esta fiesta piadosa, el culto a los muertos.

Y, esto es así, porque, entre otras cosas, la muerte ha dejado de estar presente entre nosotros, de ser algo común, inherente a la esencia humana.

Diferentes culturas del mundo antiguo ya habían establecido un “tiempo de espera” como indicador más fiable de los cíclicos cambios estacionales.

Y era uno de ellos la fiesta de Todos Los Santos que marcaba en nuestra tierra el fin del buen tiempo.

El día de Todos los Santos

Guarda el abanico

Y saca los guantes.

Se inicia en esta fecha la preparación para una estación oscura en la que la Naturaleza cae en un letargo, en una **muerte** aparente, el Invierno.

Pero más allá del **hito** de cambio de estación, los aledaños del día de los Santos se llenan de misterio y de culto a los muertos y a sus almas. Y no es algo exclusivo de las culturas mediterráneas.

Ya los celtas celebraban la entrada del año nuevo la noche del 31 de octubre, con diversos festejos que concluían con la “fiesta de los muertos”, tradición que recogieron los sajones, sus sucesores y la transformaron en el cristianizado All Hallow Even (*Víspera de todo lo sagrado*), antecedente del actual Halloween.

Creían los griegos que entre el 1 y el 2 de Noviembre, **Hades**, permitía a los muertos el ascenso del reino de las tinieblas para manifestarse a sus descendientes y hablar con ellos mediante ruidos.

Tradición a la que no son ajenos diversos pueblos mediterráneos occidentales donde se visitan los cementerios, se adornan con flores las tumbas, incluso se habla con los muertos, en la creencia de que las almas de los fieles difuntos vuelven al mundo de los vivos desde el mediodía del 1 de Noviembre al mediodía del día siguiente.

Los fuegos, las *lamparillas* encendidas en memoria de los difuntos que arden el día de los Santos y los Difuntos, no son sino señales que muestran a las almas de éstos el camino hasta su casa donde permanecerán este día.



En el mundo cristiano, no fue hasta 998, cuando San Odilon, abad de Cluny, instauró el día 2 de Noviembre la festividad de Todos los Fieles Difuntos, en la Orden Benedictina.

Ya en el siglo XIV, Roma lo aceptó y lo extendió a toda la Cristiandad.

Y es desde entonces cuando el mundo cristiano dedicamos estos dos días para recordar y honrar a nuestros familiares muertos.

Todos los ritos funerarios de estos días tienen como objetivo garantizar la inmortalidad.

Recordamos a los que se fueron porque así, de algún modo, seguirán entre nosotros. Y estarán con nosotros en la medida en que sigan vivos en nuestro recuerdo.

Unos vivieron para todos y gozan del reconocimiento de todos. Son Todos los Santos.

Otros, que no han alcanzado el reconocimiento colectivo, merecen al menos el de lo suyos, para quienes han dejado, sin duda, indeleble huella.

Recordamos a unos y a otros porque vivir para alguien es quizá la manera más bella y más indudable de no morir.

*

Hace años, cuando la gente enfermaba, sufría la enfermedad en su casa rodeado de sus deudos, familiares, amigos y vecinos todos. El enfermo se convertía en el centro de la casa y, cuando su estado revestía gravedad, el centro del pueblo. Llegado el momento, el enfermo se moría en su casa porque morir fuera, era poco menos que una desgracia o, como poco, mala muerte. ¿Sería esto lo que pedían los creyentes en sus rezos: *A San José para que nos conceda una buena muerte?*

Las mujeres de la familia, más que los hombres, preparaban el cadáver ayudados por alguien del pueblo *que sabía*. El enfermo moribundo se había sentido mimado en todo momento y seguro: estaba en su casa y con su familia.

Familia, acompañada, en este trágico trance, por familiares, amigos y todos sus convecinos. Era un duro trago, un trámite por el que todos, antes o después, tenían que pasar. *Hoy por ti, mañana por mí.*

Hoy los enfermos *no son nuestros*. Cuando enferman se les lleva a la clínica y allí permanecen hasta que sanan, o mueren y son trasladados al tanatorio donde *otros* se encargarán de preparar el cadáver. No volverá a cruzar el umbral de su casa.

De todos los ritos que el hombre ha practicado a lo largo de la historia, han sido, seguramente, los funerarios, los primeros. Y siempre se ha querido enterrar al muerto en el lugar *al que pertenece*, en su casa, en su pueblo.

No hay ahora, en las casas, muertos, ni siquiera enfermos. Los enfermos están en los hospitales. Y los muertos, en los tanatorios. Cada uno tiene su sitio.

La muerte, hoy, es tabú. No van los jóvenes a los entierros, para que *no se traumaticen*. Sólo ven la muerte en la televisión, en el cine. El hecho trascendental e irrefutable de la muerte se obvia, cuando es lo más incuestionable de la existencia humana.

Pero, el olvido completo de la muerte dejaría la existencia humana al cielo raso y la vida convertida en un espejismo ajeno, por completo, a la realidad. El hombre no puede liberarse de la muerte porque ésta es un acontecimiento universal e innegable. Ignorar que un día llegará, puede ser un error irreparable.

Incomprensiblemente, la sociedad actual soslaya los efectos personales y sociales de la misma. Quizá por miedo, porque la muerte de personas cercanas es una aproximación mental a nuestra muerte y nos obliga a enfrentarnos prematuramente a ella.

A diferencia de la cultura tradicional, donde la presencia de la muerte era constante, hoy sólo se reacciona ante la muerte, cuando es un hecho palpable, como estricto fallecimiento con escaso o nulo significado espiritual.

Pero la muerte está ahí,... presente, como siempre. Y así se ha vivido

Era frecuente que nuestros abuelos prepararan la *mortaja* con años de antelación, mortaja que se guardaba en el fondo del baúl para cuando llegara la hora. Y, aunque no había dinero para otras cosas, sí lo había para la mortaja. Y se mostraba ésta sin dramatismo, hasta con orgullo.

Algunas mujeres se confeccionaban un vestido-hábito de alguna virgen de su devoción. Para los hombres, lo más común era utilizar el traje de novio, el *de casar*, *posiblemente* el único en su haber.

En realidad, la muerte *anunciada* de una persona no pasaba desapercibida para nadie del pueblo. Ningún vecino era ajeno a ella y, de uno u otro modo, era inexorable su activa participación en el hecho.

Era costumbre que los familiares más íntimos presenciasen la agonía del enfermo y, llegada la hora, lo amortajasen.

Cuando el enfermo agravaba su estado se llamaba al sacerdote para que *le diera el Viático*. Dar el Viático era sinónimo de muerte inminente porque sólo se recurría a este paso en última instancia. La gente era renuente a recurrir al sacerdote y, en muchas de las ocasiones, los Santos Óleos se administraban al enfermo, ya difunto, con la parafernalia del sacerdote y los monaguillos acompañados de velas encendidas.

Llegado este momento, era preciso preparar al difunto según normas tradicionales, no escritas.

En el lecho mortuario las mujeres se colocaban con las manos entrelazadas y los hombres con los brazos caídos. Unos y otras, calzados, costumbre que se ha perdido bastante en la actualidad. Los zapatos, nuevos. Era imperdonable que éstos mostrasen al exterior las suelas gastadas.

Se acostumbraba colocar unas tijeras abiertas en forma de cruz en el vientre para evitar la hinchazón del cuerpo. Hierro y signo obrarían en beneficio del difunto.

Y, en algunas zonas, un limón con clavos (especias) para evitar el olor de la descomposición. Y un rosario en las manos del muerto ayudaría a *librar al difunto de sus pecados*.

Cuando se atan los pies para que queden juntos, se deben desatar antes de cerrar el ataúd.

Así dispuesto, se colocaba el cadáver en un túmulo o catafalco para ser velado por familiares y vecinos. Ante él, las mujeres rezan el Rosario y *una estación*.

En algunas comarcas, con el muerto de *cuerpo presente* o después del entierro, era costumbre que los hombres acudiesen a la taberna a beber unos vinos, haciendo caso al dicho "*el que va de muerto y no bebe vino, el suyo viene de camino*".

A la hora del entierro acudía el sacerdote, monaguillos con la cruz y los ciriales, a casa del fallecido. Familiares y amigos trasladaban el féretro, muy comúnmente, *a hombros*, a la iglesia parroquial. Tenía su importancia lo de *a hombros*, en el sentido de gran infortunio y especial pesar para la familia. En la mayoría de los casos el traslado se hacía portando entre varios cada una de las asas del féretro. Éste disponía de las asas de adorno y otras, prácticas, para el traslado del difunto.

Y, aunque *la muerte a todos iguala*, incluso aquí estableció la Iglesia diferentes tipos de funerales a los que se acogieron hasta las clases menos pudientes.

Había entierros de 1ª, 2ª y 3ª, que, amén de la parafernalia escénica establecían límites del acompañamiento del sacerdote y los monaguillos. Todo ello con sus tarifas diferenciadas. Sólo en los entierros de 1ª el sacerdote acompañaba al difunto hasta el mismo cementerio y allí en la tumba rezaba un responso.

Para los entierros de 3ª el sacerdote despedía el cortejo mortuorio a las puertas de la iglesia parroquial. Entierro de pobres.

En otras localidades, los entierros: *General, Inmediato, de Media asistencia y Pobre*, tenían las mismas características incrementada con la asistencia de más o menos sacerdotes si la parroquia disponía de varios.

El entierro de niños muertos sin bautizar o suicidas se efectuaba en el mismo camposanto, pero en un rincón marginal del mismo, una especie de *corral* separado del resto de los santos difuntos. No en vano el vulgo lo llamó *el corralillo de los desgraciados, o el corralillo de los ahorcados*.

Porque, la muerte de los suicidas no merecía ni velatorio ni cuidados especiales. Y la ceremonia del entierro pasaba casi desapercibida. Se hacía en ese rincón del camposanto *porque un cuerpo sin Gracia de Dios no puede ir a Tierra Santa*. Lo que condenaba al desgraciado a vagar por las regiones etéreas a la espera de la misericordia de Dios.

A los niños bautizados, de pocos años, *niños de gloria, sin malicia*, no se les rezaba ni guardaba luto. Se les enterraba en el cementerio en un ataúd blanco.

Llegados al cementerio, se levantaba la tapa de las cajas para la última despedida de los familiares. Los presentes rezaban en voz baja y *a cabeza descubierta*. El mismo paso del cortejo fúnebre por una calle cualquiera del pueblo inducía a descubrirse a todos los hombres que presenciaban la comitiva. Lo mismo ocurría cuando el sacerdote, rodeado de los monaguillos y los símbolos religiosos, aparecía en el escenario mortuorio. Los hombres, descubiertos y con la boina o la gorra en la mano, presenciaban taciturnos la retahíla de latines del sacerdote.

Los adornos de la caja (el crucifijo), se arrancaban y guardaban para entregarlos a los familiares.

Depositado el féretro en la tumba, familiares y algunos presentes echaban sobre la caja un puñado de tierra lo que daba inicio al acto de entierro en su cabal sentido.

Concluido el sepelio, en el cementerio y, al regreso de éste, en la casa del finado, familiares, amigos y conocidos, el pueblo todo, acudía a dar el *pésame* a los deudos.

Fórmulas establecidas, desvirtuadas en ocasiones, que se transmitían de padres a hijos:

*Te acompaño en el sentimiento,
¡Que le haya servido de gloria!*

En paz descanse

O

En el cielo gocemos al ángel (cuando era un párvulo).

¡Que en el cielo lo veamos!

EL LUTO



El **luto**, muy riguroso, se llevaba, por lo general, durante un año, aunque existía un luto gradual que, en ocasiones, se prolongaba a tres, y hasta cinco años, con diferente progresión en su rigor: *luto riguroso* el primer año, *alivio de luto* y *medio luto*.

Para las mujeres, toda la vestimenta era negra y pañuelo negro en la cabeza. En verano, debían llevar medias en las piernas y manga larga en los brazos. Los hombres, un botón negro en el ojal de la chaqueta o una tira negra, a modo de brazalete, en la manga. Si llevaban corbata, ésta sería de color negro. Tras el funeral de *cabo de año*, las mujeres se quitaban el velo y los hombres

abandonaban las señales exteriores de luto.

Los hombres de luto no cantaban ni reían en los trabajos y se mostraban especialmente callados. No escuchaban la radio, televisión ni acudían al baile o las tabernas. Porque la tristeza y el dolor por el ser perdido no sólo debían sentirse sino expresarse ante la comunidad, vecinos y familiares, evitando así la crítica, suposiciones malintencionadas y sospechas calumniosas.

Incluso, las pocas cartas que se escribían debían cursarse en un formato especial, *carta de luto*. En los estancos disponían de esta carta, sobre y hoja con filete negro, para personas que están de luto.

Y, aunque no es regla general de obligado cumplimiento, era norma consuetudinaria, *de siempre*, la duración del luto.

Por la muerte de la esposa, o del esposo, o de un hijo, el luto dura dos años.
 Por la muerte del padre, de la madre, de los padres políticos, el luto dura un año.
 Por la muerte de un hermano o de una hermana, el luto dura seis meses.
 Por la muerte de un tío o de una tía, el luto dura tres meses.

DÍA DE LOS SANTOS.



Es costumbre el día de los Santos visitar el cementerio, *campos santos*, auténticos espacios sagrados que custodian el reposo de los cuerpos de los fallecidos a la espera de la resurrección y el Juicio Final.

Moradas de tránsito que han de permanecer limpios, adecentados. Espacios de quietud y silencio para no perturbar a sus *ocupantes temporales* ni a sus visitantes ocasionales.

La visita de los familiares a los difuntos se inserta en el lógico temor, y aun terror, de los vivos hacia los seres desaparecidos. Visita que no deja de ser una oportunidad para acercarse a la comprensión del fenómeno de la muerte.

Mantener limpias las tumbas, llevarles flores, rezar oraciones, visitarlas, son rituales que protegen a los vivos y satisfacen las exigencias de respeto establecidas por la tradición y las conciencias.



Noche de todos los Santos y Día de Difuntos eran fechas clave en el calendario litúrgico. Populares y siempre atractivas por el terror que causaban a las gentes sencillas. Se creía que las Ánimas de los Fieles Difuntos salían en procesión a las doce de la noche del día 1 y se recogían a las doce del día siguiente.

El día de Ánimas las gentes mostraban un temor generalizado por las *visitas* que aquéllas realizaban a sus familiares vivos.

Esa noche los familiares colocaban candiles o velas por la casa, una por cada familiar desaparecido. Eran las célebres *lamparillas* que se colocaban en un tazón con aceite en las *cámaras* de las casas, provocando en los niños pavor contenido.

Días antes de la conmemoración, los deudos de los fallecidos arreglan el cementerio. Limpian las tumbas y colocan coronas, ramos, centros de flores variadas sobre ellas.

El crisantemo era, antiguamente, la única flor que se presentaba. Y, debía ser, morado, por ser ése el color de los difuntos o porque simbolizaba el sufrimiento de los difuntos.



*

APARICIONES.



De siempre se ha hablado de apariciones de familiares difuntos.

Cuando venía un espíritu de muerto se le preguntaba por la razón de su aparición. El aparecido solía demandar que se le dijera una misa o novenario por su alma.

Celebrada la misa o novenario, la persona a quien se le había aparecido lo veía durante la misa y al terminar ésta le decía “Adiós, hasta la eternidad”. Seguidamente, la persona se mareaba y, ya recuperada, no volvía a ver más la aparición.

SIGNOS DE MUERTE.

No es inverosímil pensar, y aun creer, que el momento de la muerte se puede prever, intuir o...**requerir**.

En algunas zonas se invocaba a San Pascual Bailón como informador de la inmediatez de la muerte. Con tres golpes en la pared de la casa o en los muebles durante tres días seguidos anunciaba la inmediatez de la muerte del devoto.

También lo hacía a través de goteras. Si el agua afectaba a la habitación de un enfermo era señal de muerte inminente.

Para creyentes y no creyentes, otros elementos compiten con el santo *avisador*.

Animales que avisan de muerte próxima:

Perros que aúllan con insistencia
Gatos que maúllan durante toda la noche, como personas o como niños.
Mulos que se ponen roncós y con las orejas aguzadas.
Gallinas que cantan durante el sueño de las personas.
Lechuzas posadas en los tejados o encaramadas en árboles cercanos y emitiendo una respiración profunda.
Vuelos y graznidos de cuervos y grajos cuando cantan “feo”.



Sensaciones extrañas anuncian asimismo muerte inmediata:

Olor a cera quemada.
Resplandores observados a través de las ventanas.
Cuando el muerto quedaba con un ojo abierto, esa mirada atraía la muerte de otro vecino. Por ello, se solía tapan su rostro con una tela de seda blanca que sólo se levantaba cuando algún familiar deseaba despedirse del difunto.
El fallecimiento en domingo arrastra otra defunción el domingo siguiente.
Y, en algunas zonas, era creencia que cuando alguien moría el viernes, día de la crucifixión de Cristo, siete fallecimientos más se aproximaban.

BIBLIOGRAFÍA.

Manuel Mundianes “El Mundo, jueves 1 de Noviembre de 2007. “La muerte es una ficción”. Ritos de nacimiento y muerte en Sierra Mágina”. Manuel López Pegalajar.
Costumbres funerarias en la serranía de Albacete. J.F. Jordán Montés Y J. A. Iniesta Villanueva.
Carmen R. Vicente Llorca.
Daniel Climent : “Todos los Santos y Difuntos : fiestas del inicio del invierno”.-

Manuel Fernández Grueso

Noviembre 2007